

grandeza. El aparejo suyo aparece mucho más complicado que los correspondientes á las otras. Velas cuadradas penden del palo mayor y del palo segundo. Una latina se tiende á popa. La diferencia de altura entre popa y proa muy enorme á la simple vista parece. La *Pinta* en el dibujo resulta una especie de término medio entre la *Santa María* y la *Niña*, más parecida por su arboladura y por su cordaje á la primera que á la segunda. Por fin, la *Niña* se parece mucho á los laúdes pescadores y mercantes de ahora, como que sus latinas velas traen á las mientes aquellas ligerísimas embarcaciones, frecuentes por las aguas del Mediterráneo, cuyas blancas lonas, heridas por los rayos de un sol meridional, aparecen gallardas entre las aguas y los cielos azules, á manera de gaviotas que huellan con las puntas de sus alas aquella superficie luminosa rizada por un oleaje ligerísimo y blando. Desde luego cada embarcación llevaba el número de tripulantes con arreglo á su capacidad y á su importancia. En la nave capitana iban por compañeros del Almirante un maestro, como Juan Cosa, natural de las montañas cantábricas, muy curtido por aquel turbulento mar; un físico de Moguer, maestro Alonso, provisto de todas las experiencias permitidas por los deficientes medios de observación que había en su tiempo; un alguacil mayor de Córdoba; un repostero de los estrados Reales; un paje de corte y un escribano de armada; un judío converso como intérprete; un veedor, llamado así por estar adscrito en las ciudades y villas para reconocer si estaban á ley ú ordenanza conformes las obras de cualquier gremio y oficina de basti-

mentos. Así, en el segundo libro de los Reales ordenamientos valía veedor lo mismo que visitador; y la voluntad clara del Rey era diputar cada año personas discretas, las que fueren menester, por veedores para que visitasen tierras ó provincias. La *Pinta* llevaba muchos marinos, casi todos naturales de Palos, mientras algunos tan solo de Moguer. Por el carácter de las sendas tripulaciones veíase cómo la *Santa María* llevaba el gobierno de todas y la *Pinta* el mayor número posible de marineros muy expertos en cosas anejas á su difícil oficio. En menor número la *Niña*, llevaba una tripulación semejante á la congregada por Martín Alonso Pinzón en la *Pinta*. Contábanse junto á los avezados y expertos en el mar, un cirujano, un platero ensayador, un explorador natural de Irlanda y otro natural de Inglaterra, con varios labriegos y campesinos de regiones adentro, extremeños, andaluces, manchegos, y aun castellanos viejos. Verdaderamente, aquellos hombres tenían corazón de acero, y despreciaban la vida con profundo menosprecio, arriesgándose á una expedición semejante. Los marinos anteriores á ellos contaban con advertencias más ó menos ciertas y tradiciones más ó menos seguras que á sus empresas los guiasen. Ulyses, en quien personificó Grecia los trabajos y amarguras del mareante, recorrió un corto espacio; Jasón se apartó muy poco del suelo patrio y del hogar paterno; Alejandro mismo recorrió continentes muy conocidos por la geografía de su tiempo y muy estudiados por la ciencia helénica, poniendo sus pies en tierra consistente y sólida; mientras estos marinos españoles á una

se lanzaban en los abismos de inexplorado mar, que creía inexplorable la universalidad de las gentes, y por ende imposible la vuelta desde ellos, como veían su ingreso defendido por apocalípticas espadas de ángeles exterminadores, muy semejantes á los puestos por la tradición católica en la postrimer jornada de nuestra cansadísima tierra. Tentar á Dios; llamar al diablo; caer en una sima semejante al infierno; por mar tenebroso extenderse, de plomo derretido quizás compuesto, y en atmósfera caliginosa envuelto, como en paño fúnebre; tropezar con jamás vistos monstruos abortados por satanescos misterios: he ahí cuanto encontraban por aguijón y estímulo y espoleo de su empresa los compañeros de Colón en el momento de zarpar desde sus tierras, tan conocidas y tan amadas, para sumergirse como piedras mágicas en abismos insondables. Aquel viaje únicamente podía compararse con los viajes fantásticos pintados durante la Edad Media por medio de litúrgicos círculos y esferas de un mundo sobrenatural y diabólico. Todavía Colón llevaba consigo su ciencia, sus adivinaciones, las facultades correlativas con el ministerio que debía desempeñar en la naturaleza y con el fin que había de cumplir en la sociedad y en la historia; el sentimiento interior de su grandeza y la vista certera de una creación que tocaba con sus audaces manos de atrevido explorador y que contemplaba en sus intuiciones milagrosas de inspirado profeta; por lo cual no retrocedía delante de ningún obstáculo, ni desmayaba por contrariedad ninguna, ni hacía caso del sofisma, ni se amedrentaba por las amenazas, ni se retor-

ecía en el potro de las calumnias, viendo siempre aquellos mares orlados de perlas, aquellas minas preñadas de metales preciosos, aquellos bosques de canela y otras olorosas especias, aquellas cresterías de brillantes y esmeraldas sobre las cordilleras, aquellos empedrados de plata y aquellos templos de oro macizo, tras todo lo cual iba desalado en alucinaciones, cuya magnética influencia le inspiraban una seguridad en sí mismo y una certidumbre de su obra, del éxito afortunado y del seguro logro, que nos explican su fe vivísima y su esperanza inalterable. Pero ¿qué tenían los compañeros? Únicamente su valor.

---